El derrumbe de la rectitud*

Los edificios que rodean la plaza Kinaxixi de Luanda se desmoronan uno tras otro. Caen sin dejar muertos, sin sangre, únicamente un paisaje lunar lleno de polvo y gente desorientada que intenta recuperar sus señas de identidad. Esta imagen onírica que se repite sucesivas veces en el relato de Pepetela (Benguela, 1941) –pseudónimo de Artur Carlos Mauricio Pestana dos Santos, premio Camões de las letras portuguesas en el año 1997– es la metáfora de la que se sirve el autor angoleño para explicar el rápido proceso destructivo hacia el que se dirige la sociedad africana. En *El deseo de Kianda* Pepetela recurre a su característico simbolismo y cuenta, desde una ironía entre real e irreal, cómo es la vida cotidiana de un país traumatizado por la colonización, una larga y sangrienta guerra civil y una posguerra marcada por la importación de ideologías adaptadas sin su base moral o grotescamente imitadas.

Las obras de Pepetela son un espejo en el que la sociedad africana debe mirarse para reconocer en él sus conductas, sus relaciones individuales y colectivas, sus reacciones ante las circunstancias de su historia y las consecuencias de ésta en su propio presente. Siempre suelen ser relatos de una fuerte implicación social en los que el lector se siente obligado a reflexionar sobre el hombre y la civilización, sobre la mella del pasado en los comportamientos, tomando como punto de partida la difusa división que las mentalidades aplican sobre el mundo. Pepetela muestra la frágil y poco definida frontera entre lo justo y lo injusto, la victoria y el sometimiento, la rectitud de la conducta moral y la fácil derivación hacia la inmoralidad, desde un tono satírico aunque, en el caso de *El deseo de Kianda*, condescendiente.

La crítica especializada en la obra del autor angoleño no considera este relato, escrito en 1994 y editado un año después, como una de sus mejores obras. Ciertamente no tiene la fuerza del juego de máscaras que Pepetela establece en su primera novela *Muana Puó* (escrita en 1969 y publicada en 1978) o la dura denuncia de la corrupción en la que rápidamente cae el régimen postcolonial angoleño en *O Cão dos Calús* (escrita en 1978 y 1982 y editada en 1985), ni es el implacable enfrentamiento entre el hombre y su naturaleza que el autor analiza en *Luaji: o*

* *Pepetela,* El deseo de Kianda, *Versión española de Eduardo Naval. Alianza Editorial, Madrid, 1999, 124 p.*

nascimento de um Império (escrita en 1985 y editada en 1989) ni tampoco la particular interpretación de la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo que aparece en su última novela *A Gloriosa Familia* (1998). No obstante, *El deseo de Kianda* debe entenderse como una advertencia: la denuncia de una situación preocupante marcada por la falta de puntos de referencia y por la pérdida de la noción de identidad. Una llamada de alarma ante la inevitable degeneración a la que lleva una vida sin ideales ni futuro y en la que, aparentemente, sólo el más corrupto sobrevive. Es el análisis, desde una trama argumental que roza lo cómico y que obliga a la sonrisa, del rápido proceso hacia el fracaso y el desmembramiento que caracteriza al continente africano.

La obra fue escrita después de ver el catastrófico resultado del intento de proceso de paz ante una situación insostenible y de vivir las consecuencias de las primeras elecciones democráticas de la historia de Angola en 1992. Refleja los efectos del cambio de actitud del MPLA *(Movimiento Popular para a Liberação de Angola),* el partido del gobierno de Agostinho Neto, al abandonar el modelo soviético de planificación política y económica y entrar en una economía de mercado capitalista. El intento de levantamiento del país tras la guerra civil de los años setenta se había basado en la explotación de productos abundantes en Angola y codiciados internacionalmente –el petróleo y los diamantes– que, en manos de compañías francesas y americanas, empujaron al Estado a entrar en un proceso de dependencia y a extender la corrupción entre los dirigentes del Gobierno, estableciendo un dramático contraste entre su altísimo nivel de vida y la miseria la población. El resultado de las elecciones de 1992 catapultó a Angola hacia una nueva guerra civil desencadenada por la masacre en Luanda de partidarios de UNITA *(União Nacional para a Independência de Angola),* partido dirigido por Jonas Savimbi. Al ver peligrar los intereses sus compañías petrolíferas, Estados Unidos apoyó al MPLA y consiguió que la ONU levantara el embargo de venta de armas a las fuerzas enfrentadas angoleñas. Empezaron las compras masivas de armamento y, asimismo, apareció una nueva fuente de corrupción y embrutecimiento de aquellos que tenían capacidad decisoria en el partido del Gobierno. Paradójicamente, al mismo tiempo que se llevaba a cabo la ofensiva gubernamental sobre el ejército de Savimbi, se iniciaba en Lusaka (Zambia) una compleja conferencia de paz que en el año 1997 aun no había llegado a un acuerdo.

Entre tanto, la situación del país es angustiosa: la guerra dejó Angola sin infraestructuras, los beneficios de la producción petrolífera hasta el

año 2000 se cobraron por adelantado y se gastaron instantáneamente, la sequía de las últimas décadas barrió la mínima agricultura existente, los diamantes se encuentran en manos de mafias extranjeras y la compra de armas creó una inasumible deuda exterior. La población nacida durante la guerra es incapaz de reconciliarse, en los suburbios de las ciudades se hacinan emigrantes huidos del peligro sin trabajo y sin futuro y los soldados –sin guerra y sin pensiones– siguen luchando bajo las órdenes de nadie. Angola tiene más de un millón de mutilados y más de diez millones de minas antipersonas sembradas y a la espera de estallar.

De todo esto habla Pepetela desde sus metafóricas e irónicas ciento veinticuatro páginas para que se sepa y no se olvide cómo es la vida real. En un lector europeo, que siente ya como algo lejano los textos de contenido idealista y que se ve a sí mismo un poco *de vuelta de todo* desde su estable Europa –causante, por otro lado, de muchas de las dramáticas situaciones en las que se encuentran las antiguas colonias africanas–, *El deseo de Kianda* origina una amalgama de sensaciones que se manifiesta de manera casi incontrolable. Desde un sentimiento de pudor que obliga a la benevolencia ante el tono ingenuo de algunos de los discursos, a un claro sentimiento de envidia por la intensidad con la que se vive la obligación de denunciar la injusticia y la pérdida de integridad moral, hasta encontrar ese efecto ilusionante que Pepetela es capaz de transmitir en sus relatos y que al lector europeo le acerca reminiscencias de un pasado próximo. Asimismo, gracias a *El deseo de Kianda* el lector ve una realidad que dista mucho de parecerse a las desgarradoras imágenes sobre África que periódicamente aparecen por su aparato de televisión o en las páginas de los periódicos; ve una vida cotidiana, urbana, caracterizada por el descalabro, rápido y abismal, de la sociedad.

Es una lástima que un mensaje como el que Pepetela quiere transmitir se vea tan perjudicado por la edición castellana. La traducción que ofrece Alianza Editorial es sencillamente irritante. La versión no sólo es incapaz de reflejar la vivacidad de la variante portuguesa angoleña, sino que carece de fluidez y no ha sido revisada convenientemente; sin duda, cualquier lector que tenga unas mínimas nociones de lengua portuguesa se desesperará ante los errores de traducción que aparecen en el texto. Tristemente, Pepetela, un autor reconocido con el Prémio Camões y por tanto considerado como una de las grandes voces de la literatura lusitana, será leído en España en un castellano que no hace honor ni a su palabra escrita ni al contenido de su voz de alarma.

Isabel Soler